

Pero es necesario revisar rápidamente la historia de Asor Rosa. La dividiremos en tres fases. En la primera fase, aquella revolucionaria y nihilista, Asor Rosa tiene dos mitos: la clase obrera y Thomas Mann. No es fácil tener una idea de la clase obrera desde la periferia romana. Asor Rosa se apropió, en teoría, de la nueva clase obrera de la Fiat, la de los años sesenta. Estudiar más de cerca esta clase habría sido demasiado fatigoso: mejor es la teoría. Y en la teoría, sacando deducciones de Karl Marx por coordenadas internas, la clase obrera no podía por definición ser otra cosa que revolucionaria y enemiga de cualquier cultura. Y es Asor Rosa quien se imagina delegado por esta clase a demoler la cultura en la que él mismo vive. ¿Y Thomas Mann? Después de haber asimilado la formidable fuerza destructiva obrera, aparece con Mann la promoción cultural, el esfuerzo estético, el aroma de la literatura de la gran burguesía. Ninguna base democrática, ningún valor moral, sino pura política y pura estética. Y todo por lo grande.

En la segunda fase, el deseo del poder y de la grandeza se desplaza a otro sitio. Al ser imposible la revolución obrera, las nuevas polaridades de Asor Rosa serán el Partido Comunista de Enrico Berlinguer y la historia de la literatura italiana. Frente a la sospecha de la propia impotencia, la solución es montarse en la espalda de los gigantes. Aferrarse al timón de dos grandes instituciones parece la elección acertada. Pero la realidad toma por sorpresa incluso a los más maliciosos realistas. El Partido Comunista declina, cambia de nombre. Y la literatura italiana, por cuanto se esfuerce, no da mucho poder. Si no es amada por sí misma, la literatura ofrece poco.

Alberto Asor Rosa llega finalmente a su tercera fase, la de la desilusión y el humor apocalíptico. Se convierte en un pensativo moralista: precisamente lo que más despreciaba. Obsesionado por la política como pura técnica del poder, cuando descubre que el poder lo ejercen los otros, se deprime. Descubre algo que creía saber: la Iglesia Católica y los capitalistas son más fuertes que él. En una entrevista realizada hace pocos días, Asor Rosa deploraba noblemente que ya la cultura no existe, que se piensa sólo en ocupar espacios de poder. Quizá todos se han puesto a imitar a Asor Rosa, y el mundo va como él quería, sólo que no precisamente en su provecho. Que se resigne.

Massimo Cacciari y la filosofía

¿Qué pensar de la vieja relación entre filosofía y política? ¿Tiene la filosofía una función política? ¿Tiene la política necesidad de la filoso-

fía? Para responder a estos interrogantes consideremos el caso de un filósofo y político como Massimo Cacciari, el más político de los filósofos, el más filósofo entre los políticos. Pero la filosofía de Cacciari no es la filosofía política de la centroizquierda. Es muy difícil y anticuada: es una especie de transcripción taquigráfica de todos los problemas filosóficos de los que se tiene noticia. Y este es precisamente el punto en cuestión. ¿Por qué un filósofo y político hábil como Cacciari se obstina en mezclar tal cantidad de filosofía esencialista, extraviadamente grecoalemana y vorazmente erudita, con una política de moderado sentido común como la suya? Hay algo aquí que no funciona. Como seductor filosófico, Cacciari es muy político, y como líder político está intoxicado de filosofía. Pero su carisma deriva precisamente de esta combinación de desdeñosa ligereza y arduos dilemas, de banalidades consoladoras («Reconocer al otro aquello que le corresponde —esta sería la justicia») y de voluntariosos sofismas («Solamente si cada uno encuentra lo extranjero en sí mismo, solamente si el otro que habla en nosotros, el *hostis* que vive en nosotros, es reconocido y escuchado, podemos *ser-con* lo extranjero»). Misterios del carisma. Dicho de manera sencilla: es probable que Cacciari haga una política e imagine otra muy distinta. O mejor dicho, no llega a aceptar la política por aquello que es sin añadirle drogas y fuertes excitantes filosóficos. Continúa hipnotizado por una Gran Política mitológica aprendida de los filósofos alemanes (los más apolíticos jamás habidos) y desprecia la política como buena gestión. No se percata de que en política el máximo enigma filosófico es un modesto enigma práctico: cómo administrar bien.

En los últimos años los ex marxistas han adquirido rápidamente la influencia del pensamiento de Norberto Bobbio. Su filosofía era una forma de honesto socialismo liberal compuesto de ideas claras y diferentes, y de razonamientos del tipo: si A es A, no es B. Agotada la función higiénica de la filosofía de Bobbio, ¿podrá reemplazarla la filosofía de Cacciari? Bobbio siempre ha declarado que no cree ni en Dios ni en Nietzsche, mientras que con la ayuda de la filosofía de Cacciari, para la cual A es también B, se puede ser al mismo tiempo nihilistas y creyentes, despiadados y piadosos, coherentes hasta la última consecuencia y contradictorios, imitadores de Carl Schmitt y secuaces de San Agustín. La filosofía de Cacciari, respecto a la de Bobbio, es más fantasmagórica, menos clara pero también menos empeñada. Devora todo, abate cercas. Incluso supera, en línea teórica, la distinción entre derecha e izquierda. Dado que para Cacciari en la Europa moderna sólo existe la izquierda, y la derecha es apenas una imitación de aquella, el problema está superado.

Quedan la lucha política y el enfrentamiento electoral: Cacciari se empeña mucho y sin embargo su filosofía no nos hace comprender si estos asuntos son reales o sólo imaginarios. Por increíble que sea, Cacciari llega a decir cualquier cosa y lo contrario. La pasión más verdadera es sorprender a la platea mostrándose en posesión de un saber de «hombre superior» para el cual cada objeción ha sido ya prevista. La adopción oficial por parte de la centroizquierda de una filosofía como esta presentaría algún tipo de ventaja. Hacer de teólogo con un estilo revolucionario, ser de izquierda con un estilo de derecha, parecerse un poco a Marx y un poco a Nietzsche, soñar una utopía comunitaria un poco cristiana y un poco griega que interioriza al enemigo y transforma a los extranjeros en amigos y parientes... ya está: este filosofar sin freno por el camino de las contradicciones podría ser la panacea de una centroizquierda para la cual cada partido contradice a otro. Pero, ¿por qué limitarse? La filosofía de Cacciari podría ser adoptada por la derecha, por la izquierda y también por el centro. El único inconveniente es que ningún político siente la necesidad de hacerlo. Si Cacciari comprendiera que la verdadera filosofía no tiene ningún peso en política, llegaría a prever incluso esto*.

* *Tomado de Cactus, de Alfonso Berardinelli, L'Ancora, Napoli, 2001.*

Alfonso Berardinelli (Roma, 1943), ensayista y escritor, ha publicado varios libros de ensayo. Con La forma del saggio (Marsilio) obtuvo el premio Viareggio en 2002. Su libro más reciente es L'abc del mondo contemporáneo: Autonomía, Beessere, Castastrofe (Minimum Fax, 2004)



Opéra. - Le foyer du public